

**Rector Universidad del Quindío**  
José Fernando Echeverry Murillo.

**Decano Facultad de Ciencias Humanas y Bellas Artes**  
Pedro Felipe Díaz

**Director del Programa de Comunicación Social Periodismo**  
Ricardo Vejarano

**Director Oficina Asesora de Comunicaciones**  
Jhony Rico

**Dirección Vialterna:**  
Victoria Arroyave C (@victoriarroyavec)

Asistente de dirección:  
Johan Rodríguez L (@johan\_rl)

**Edición:**  
Luisa Ortiz (@luuortiz)  
Daniela Ramírez (@danielaramirzo)  
Victoria Arroyave

**Docente asesor de edición:**  
Jhon Isaza (@jhon\_isaza\_)

**Docentes asesores:**  
Jorge Mendoza (@jorgeamendozap)  
César Aristizábal (@aristizabal2342)

**Diseño y diagramación:**  
Jose Morales

**Ilustradores:**  
Santiago Pérez, Orión caricaturas (@orion\_caricaturas)  
Jorge Mendoza (@jorgeamendozap)  
Cristian Camilo Sánchez  
Natalia Tabares (@lanatadeleche)  
Laura Cortés (@laura\_cortes\_)

**Collage:**  
Ana María Sepúlveda

**Colaboradores:**  
Sara Zuluaga García (@sarazuluagag)  
Paula Andrea Gaviria (@paulagaviria22)  
Karen López (@kalejandralv)  
Laura Cortés (@laura\_cortes\_)  
Luisa Ortiz (@luuortiz)  
Johan Rodríguez (@johan\_rl)

# Editorial

Pág. 4

*Usted, lector, tiene en sus manos un poco de historia que le concierne*

Pág. 7



Paula Gaviria

## Crónica

Diecisiete Caballos De Fuerza  
*Una crónica sobre los rastros de la violencia*

Pág. 13



Sara Zuluaga

## Crónica

Las mujeres que aprendieron a llorar:  
*Una crónica sobre el dolor propio y a veces el ajeno*

Pág. 17



Victoria Arroyave

## Crónica

A la derecha de la plaza

Pág. 23



Luisa Ortiz

## Perfil

La Espera

Pág. 27



Laura Cortés

## Cuento

Sobre Mazorcas

Pág. 29



Karen López

## Miramiento

Lacaya

Pág. 31



Johan Andrés Rodríguez

## Reseña

La Oculata: una historia del recuerdo

# Usted, lector, tiene en sus manos un poco de historia que le concierne.

Una edición que intenta escabullirse un poco en el tema del que tanto se habla pero poco se profundiza. Tiene la edición número 12 de VíaIternia, una revista del Laboratorio Narrativo de la Universidad del Quindío, que por años ha intentado hablar de las condiciones humanas.

Esta vez elegimos un tema para la edición. Y como estamos en «tiempos de paz», decidimos que vamos a narrar la violencia. Y no porque no queramos avanzar, sino porque al parecer—teniendo en cuenta los resultados del plebiscito y el Brexit y la última elección presidencial en Colombia y en Estados Unidos y en México, y todo lo otro que es esta bestia extraña y acéfala llamada siglo XXI—se nos olvidó quiénes hacen parte de la minoría que la democracia aplastó. Queremos pensar que quizá el inconveniente de este siglo, como el de tantos otros, consiste en que no conocemos nuestra historia. Queremos pensar que quizá necesitamos narrar la violencia para construir la paz.

Homero aconsejaba al escritor narrar su realidad y nuestra realidad de colombianos está construída so-

bre constantes derramamientos de sangre e ideales. Así que decidimos que no tenemos otra opción para narrar el país. Quizás porque somos fatalistas, quizás porque no conocemos aún la anhelada paz.

Así pues, amigo lector, le presentamos la nueva edición de VíaIternia. No espere sólo conflicto armado y guerrillas y gobiernos corruptos. De eso nos han hablado mucho, aquí queremos desnudar aquello que nos hace humanos y las consecuencias de serlo: los infames, las lágrimas, la paciencia, el dolor ajeno, de ese que nos tiene que doler, por si algún día queremos entender. Aquí le presentamos el país violento que seguiremos narrando.

Victoria Arroyave C.



Crónica

Crónica

Ilustración: Cristian Camilo Sánchez



# Diecisiete Caballos de Fuerza

*Una crónica sobre los rastros de la violencia*

En el sur de Armenia hay un barrio marcado por un pasado violento. El sonido de una bala trastornaba la muchedumbre que circulaba las calles angostas y anunciaba en su trayecto una nueva persecución. Y había una niña a la que no solo eso le perturbaba. Su calvario iniciaba con el sonido que un motor caliente desprendía al pasar, o desde el momento mismo en el que dos matones decidían marcar las balas de su pistola bajo la ley de “lo mejor pal barrio” o bajo el rezo del “se lo buscó”, escogían quién iba a manejar la “nave” y quién “el fierro”, se montaban uno tras el otro, encendían decididos el motor de su RX 115 y giraban el mango del bípodo hasta alcanzar unos 100 km/h... hasta alcanzar su víctima. Primero la RX 115 acercándose, luego un silencio, y tres segundos después, los tres impactos a la misma velocidad del segundero. Era la primera vez que vería morir a un padre, aunque no fuera el suyo. Por supuesto, aquella niña no era la única afectada.

Ver sangre derramada alrededor de unos cuerpos sin rostro, o con uno ya desfigurado por la muerte, era para ella como estar viviendo dentro de la fábrica de chocolates del señor Wonka, frente a un Umpa Lumpa que por error presiona el botón de una

máquina y hace estallar el cráneo de un visitante, como si fuera centro líquido. Era para ella como empezar a entender que incluso lo que uno siente que es solo de uno, como la vida, se lo pueden arrebatarse otros con cualquier excusa. Entendió que lo que uno tanto puede llegar a amar o a desear, otros pueden sin reparo derramarlo, porque algo grande les impulsa o porque sí.

Tenía doce años y jugaba al escondite como antes, pero ya no por placer y diversión. Vivió parte de su infancia como si estuviera en medio de uno de los macabros grabados que Goya hizo sobre la Guerra de la Independencia Española, tan llenos de injusticia, crueldad y humillación, y en ciertas noches sólo podía pensar en cómo huirle al ruido escalofriante del fuego de las balas. Esta crónica se trata de ella, de la amiga de Bellanira, pero a ella volveremos al final. Vamos a lo importante.

Era 2007, y por aquel entonces, bajo el gobierno de Álvaro Uribe Vélez, las FARC estremecían al mundo mediático. Informaron, diez días después de lo sucedido, que el pasado 18 de junio habían muerto once de los diputados del Valle del Cauca que habían sido secuestrados, en un supuesto fuego cruzado con un gru-

po militar quién sabe de dónde. El impacto de esta noticia pronto contrastaría con otra realidad: la de un pequeño barrio que estaba siendo maltratado. Pero éstas, por supuesto, no eran víctimas importantes para el país, pues no eran las hijas de Carlos Barragán o de Juan Carlos Narváez. No eran vidas que hicieran tanta falta, y allí estaba ella. La primera noche de caos creyó que sería la única, pues una niña tan inocente no tenía cómo imaginar que sería más de un muerto.

En esa gran fábrica de dulces que era el mundo para ella, la amiga de Bellanira, ya no vería bolitas de bombones con goma de mascar, vería ojos desorbitados por el rojo agonía; no vería malteada de fresa lista para ser disfrutada, vería con inquietud rastros de sangre secándose en el asfalto; y por supuesto, no vería visitantes de una fábrica disfrutando de los colores y el sabor de algún chocolate, sino un montón de rostros lívidos alrededor de aquella ornamentación que el paisaje de la muerte les había preparado.

En otra casa de su misma cuadra vivía una abuela resignada, rodeada de unas paredes aún en obra negra. Solía ver todo desde una silla Rimax blanca que sacaba para “ventiarse”, y ya no se sorprendía por las desgracias del mundo. Hablé con doña Rosalba en julio de 2011, antes de que le llegara su propia desgracia: el silencio y la inmovilidad. Era una de esas viejitas conocidas y queridas en los barrios, en este caso porque era de las pocas fundadoras que aún quedaban vivas. Me decía,

recordando ese 2007: “Es muy triste ver a la gente tan descontrolada, mamita. Uno no sabe cuándo es un sicario o cuándo los mismos policías desapareciendo tanto malandro por ahí regao... es que en este país los problemas más grandes los quieren tapar es con sangre. Una de vieja ya ni sufre. Pobres pero de los jóvenes como usted, a ustedes sí que les falta vivir cosas”. Y así era, un país violento. Había en ese barrio un contraste entre pólvora y silencio que aniquilaba a las familias con una sensación de angustia eterna.

Campos, porque así le decían, era un hombre mayor, alrededor de los cuarenta o cuarenta y cinco, protector incansable de su familia: esposa, dos hijos y dos hijas. Mantenía un perfil bajo, pero a pesar de eso, todos sabían que detrás de esa fachada escondía algo que lo condenaría. Todos esperaban noche tras noche que la bala marcada con su nombre saliera del recinto de hierro y llegara hasta algún lugar de su cuerpo para fulminarlo. Todos lo esperaban, incluso él mismo, pero ninguno podría advertir ni el mes, ni el día, ni la hora exacta. Campos, en todo caso, era uno de “los duros” y era el papá de Bellanira.

Según la Revista Criminalidad de la Policía Nacional, en su Volumen 50 No. 1, publicado en mayo de 2008, el índice de criminalidad para Colombia muestra que entre los principales delitos del país, el homicidio común era de un 19.0% para el 2007, con un total de 17.198 casos. Respecto al año anterior, las estadísticas dicen que había reducido la violencia.

Irónico, entonces, que cuando en el país decrecía el número de muertos por delincuencia común, en esa pequeña zona del Quindío apenas comenzaba un conteo de muertes que duraría meses. El papá de Bellanira se convertiría en una de esas cifras, un número más que navegaría entre los otros, sin mayor impacto.

La hija de Campos nunca advirtió que su papá estaba siendo perseguido por quién sabe quiénes para “hacerle la vuelta”. Eso lo sé por lo que me dijo en el 2010, en un encuentro muy corto que tuvimos: “Yo era muy niña y no se me pasaba que mataran a mi papá así. Ahí sí como dice el dicho, para mí eso le pasaba a otros, no a mi familia, pero vea... yo sin ponerle mucho cuidado a todo lo que pasaba y Diosito se me lo llevó”. Pasó que una de esas noches se escuchó el motor, luego el silencio y entonces, tres segundos después, el primer disparo. Campos subió una loma, corrió herido buscando en vano algún lugar que pudiera salvarlo, y en el fondo supo que no volvería a besar los labios de la mamá de sus hijos. Los matones lo alcanzaron y, finalmente, cuando ya estuvo abatido en el andén de la esquina, el silencio hizo su última aparición para darle paso al resto de disparos. Se escuchó cargar la pistola y el segundo apretón del gatillo; luego otra carga y otro disparo, y así continuaron mezclándose los sonidos, uno tras el otro, con el silencio que llegaba después de cada estruendo... ambos matones descargaron sobre Campos hasta la última bala de sus cartuchos para después volver a bajar la loma

por la que minutos antes habían corrido. Luego, encima de su RX 115, se perdieron en la oscuridad. Lo otro también lo vieron –o se lo imaginaron- todos: un taxi, la llegada al hospital, sangre, mucha sangre, y ya no habría “nada que hacer”.

Ese barrio del sur es uno de los más pequeños de la ciudad: un rectángulo insignificante, subdividido en diez manzanas de aproximadamente treinta y cinco o cuarenta metros cuadrados cada una. Allí nadie vive lo suficientemente lejos como para que se pueda decir “¡nunca lo había visto por estos lados!”, o algo así; es, más bien, de esos barrios en los que los rostros de cada habitante se tatúan en la memoria, y se puede reconocer a simple vista un nuevo residente o visitante. Es por esto que cada que desaparecían a uno de “los malos”, se notaba el vacío que dejaba en las esquinas, el humo espeso que ya no desprendería más su cigarrillo. Un policía diría después, y sin el peso de su uniforme de rutina, que “muchos creen que para nosotros es muy sencillo perseguir esos malandros, pero eso no es así. Si se hace limpieza en un barrio es porque se le quiere dar tranquilidad a la gente. No es fácil, hombre, yo que le digo, pero a veces se tienen que hacer cosas así, más drásticas, para quitar el problema de raíz, usted sabe que sí”. Aunque antes de hablar con cualquiera –policía o sicario-, ya todos sabían cómo funcionaban las cosas.

Si en la esquina del parquecito en ruinas se hacían seis, entonces ya había –como mínimo– dos o tres balazos y una ausencia asegurada. Que

si fulanito, que si el sobrino de doña señora, que si el hijo de la que sacaba el carrito de comidas rápidas los fines de semana, que si un inocente, comentaban con cierto aire de angustia y chisme sobre el próximo posible candidato para ser “quebrado”. Constantemente especulaban, pero creo que nunca lograban prepararse del todo, la noche de cada muerto siempre era una sorpresa y ellos, los vivos que quedaban, sólo repetían la misma reacción: esperar a que pasara el peligro para salir de sus casas en medio de miradas consternadas, luego gritos y los pasos largos de quienes corrían a reconocer cuerpos.

En noviembre de 2013, la señora del carrito de comidas rápidas me lo dijo: “vea hija, yo me acuerdo como era esto hace unos años. Uno ya no podía caminar tranquilo después de las 7:00 p.m. porque la gente era muerta e’ susto. Yo sí que más, con el hijo que tengo y que tantas angustias me hizo pasar. Yo le pedía a Diosito por él y menos mal nunca me lo mataron cuando estuvo por aquí, pero sí pasamos muchos sustos ¡eavemaría!, y mataron a varios hijos dañaditos de unas señoras que yo conocía. Yo no tenía vida, hija, hasta me parecía mejor que estuviera en una cárcel, imagínese. Ahora cuando mataban a uno, jum... ¡eso sí que era un despelote!, todo el mundo corra pa’ aquí, corra pa’ allá”. En este barrio minúsculo decenas de personas parecían familiares desesperados, y las calles se convertían en una morgue pública a la que todos acudían para hacer el reconocimiento de la víctima sin citación policial previa.

Porque cuando una vida cesa, otras quedan trastabillando con el peso de su ausencia.

Fue una noche de jueves, a eso de las 10:00 p.m., a dos cuadras de la casa de Bellanira. Los diarios del otro día mostraron los comentarios de algunos testigos que “aseguraron haberlo visto todo”: a Campos suplicando una oportunidad con su mirada ya medio muerta, por mencionar solo una cosa... vagas suposiciones. Los diarios mostraron también el plano abierto de la calle que se bañó de la sangre de aquel padre, sin el padre ya. Y mostraron otras muertes, como la del dueño del billar, cinco días después de su cumpleaños número cincuenta y seis; o la del flaco vicioso que parecía no hacerle daño a nadie, más que a sí mismo. Pero lo que no mostraron las portadas de aquellos periódicos fue el sufrimiento de las niñas que callaban y aguardaban en una esquina de sus casas, esperando la llegada de aquel hombre que les regalaría un abrazo, un beso en la frente y un “te amo... mi niña”. Los diarios no mostraron la extrañeza que les causó a los vivos que quedaban el ver que esta vez sería una mujer quien abriría el billar.

No todo era preocupación. También estaban quienes sentían indiferencia y algunos incluso un profundo alivio ante lo que pasaba y hacia quienes le pasaba. Otros, como el muchacho flaco que habló conmigo empezando el 2014, “exdrogadicto”, de gorra roja, que escucha radio en esa ventana mal pintada de verde, y que cuando habla parece estar haciéndolo dentro de un tarro vacío.

Ese sonido, esa voz que apenas se entiende dice que él no sabe, que no son sus muertos y que, además, algo tuvieron que haber hecho, que porque a uno no le están disparando en las calles porque sí. Que además no todo el mundo le pone cuidado a eso porque otros tienen sus propios problemas. Pero lo cierto era que estaba sucediendo. En ocasiones a las gentes se les arrebatava un personaje de la memoria, lo que dejaba angustia en unos y tranquilidad en otros. Eso lo digo por lo que hablé en marzo de ese mismo año con un marihuano ‘decente’ del barrio; cuando le pregunté por todas esas muertes del 2007, me dijo: “Yo no soy tan caspa, pero sí tengo amigos que ¡uy quieto!... No me gustaría, porque son mis parceros, pero a lo bien que si a alguno de esos maricas les pusieran el tatequieto, muchos de por aquí estarían más tranquilos. Eso pasó esos días de los que estamos hablando, se mataban entre ellos o los mataba la ley, y muchos del barrio sentían un fresquito”.

Ahora, ocho años después, parece que pocos quieren recordar haber vivido aquella angustia. Es un martes en la noche del septiembre de 2015. Se escuchan cinco disparos seguidos y se empiezan a asomar las cabezas por los balcones y las puertas de siempre. Otros salen a la calle, ahora con un caminar lento, nervioso, que vacila en avanzar. Todos se miran sin decir nada, y una vez más se siente el silencio de hace tantos años. Un valiente pregunta, casi que pidiendo permiso, con la mirada de quien va a preguntar algo muy íntimo y vergon-

zoso: “¿Fueron disparos, cierto?”, a lo que todos en filita empiezan a contestar, de murmullo a complicidad, que sí cierto que sí, que claro, que se lo descargaron todo, que quién y que dónde sería. Después de unos minutos, la mayoría entró sus cabezas llenas de dudas y siguieron en lo suyo, lo de afuera se mezcló con sirenas policiales y lluvia, pero se quedó allá, afuera.

Parece que las calles maltratadas sellaron las voces de los vivos y no se habla más ni del billar que ya no existe, ni de las hijas sin padre, ni de las siluetas que ya no caminan. Nadie habla más de eso, excepto la amiga de Bellanira, que decidió que sí, que era tan importante como para contarle. Decidió que ella, a la que no le mataron a nadie, la que nadie considera como víctima de esa violencia, necesitaba escuchar lo que la gente tenía por decir ahora que “ya todo pasó” para convertirlo en eco, aunque sea en uno minúsculo e insignificante como su barrio.

Muchos rostros se han borrado de su memoria. De Bellanira y de toda su familia y de las limpiezas ya no sabe mucho. En aquel tiempo ellos estaban muriendo desangrados en los andenes mientras ella estaba en la puerta de su casa. Ahora ya no es una niña, y a veces juega a no tener miedo. Pero ahora algo la delata, porque ella, la que no es víctima, está escribiendo sobre el miedo que le da escuchar cómo se aproximan los diecisiete caballos de fuerza de una RX 115 a gran velocidad. Ahora siente que cuando suena el acelerador, todo en ella es silencio.

Montaje: Natalia Tabares



# Las Mujeres

## que aprendieron a llorar

*Una crónica sobre el dolor propio y a veces ajeno*

<sup>1</sup>A las 2:50 de la tarde el sol enorme y naranja parece latir. La luz golpea sin piedad las paredes despeleadas en el barrio Olaya Herrera en Cartagena de Indias. Desde el callejón se ve una ventana en la que hay una cortina azul corrida hacia un lado y sostenida por un gancho de los que usan las mujeres en el cabello desde los noventa. En el fondo un televisor prendido en un canal infantil con el volumen muy alto. Un niño sentado en frente sin camisa comiendo arroz con la mano. Al lado una mujer está sentada en el borde de un sofá viejo, tiene la cabeza en alto y la mirada pobre. Si sus manos empiezan a temblar las aprieta entre sí. Si su pie derecho empieza a moverse de un lado a otro se cruza de piernas de tal forma que quede abajo, ahorcado por el que no tiembla, como obligando al cuerpo a no enterarse.

Cuarenta minutos antes el que era su hijo mayor estaría cerrando los ojos con fuerza: cuatro puñaladas, patadas y puños. Resistió seis minutos luego de la tortura.

Son casi las cuatro de la tarde y Soledad todavía está sentada en el sofá cerca de su nieto pensando qué

hacer con el cuerpo de su hijo que ahora cae como derritiéndose mientras los vecinos lo levantan.

Dos días después el barrio Olaya está vestido de blanco. La gente camina lento y hay un tambor que retumba en el estómago de los familiares y amigos, y de alguien más. Hay una mujer negra cargando a un niño. Sus labios tiemblan. Muchas personas caminan a su lado despacio cuidando cada gesto. Llevan licores de todo tipo. Desde las ventanas del segundo piso se ve en medio de la gente un ataúd con una grabadora marca Sony encima; suena una canción que se escucha en todas las cuerdas. La gente canta las terminales con desgano. Al lado de Soledad hay una mujer pequeña y delgada, tiene ojeras marcadas y no para de llorar. Por momentos cubre su rostro con un retazo de tela. Sólo Soledad sabe quién es.

En Cartagena de Indias hay aproximadamente 2.760 muertes al año, de las cuales se realiza velorio al 80%[1]. De ese 80%, sólo un dos o tres por ciento tienen una plañidera[2]. Plañir significa sollozar. Las plañideras de velorio son mujeres que cobran por llorar en los entierros. Viven de lamentarse por las

<sup>1</sup> Esta crónica fue galardonada en los Premios de Periodismo Universitario Te Muestra. Universidad del Quindío.

muerdes ajenas. Son mujeres que alquilan el dolor, como si con el suyo no fuese suficiente.

En internet circulan artículos explicando de qué se trata el oficio, titulados: *Las lloronas bien vivas y pagadas*[3], *Lloronas, lágrimas con precio*[4], *Un negocio con futuro: te pagan muy bien por ir a llorar a funerales de desconocidos*[5]. Entre tanto, hay un video en un portal mexicano en que muestran un concurso de plañideras en el que tienen entre diez y doce segundos al aire para llorar y quejarse. Según el fotógrafo Manuel Pedraza, todo en Colombia es show, y cualquier hecho que parezca ficción se convierte en una burla antes que en un ritual sagrado.

Algunas plañideras de Cartagena y San Basilio de Palenque dicen: «Yo hago esto porque a las mujeres nos queda fácil llorar», «Soy plañidera porque mi Dios me dio el don de lamentarme por los otros». Pero hubo un testimonio maravilloso: «Plañir es el sollozo por los otros y por nosotros mismos». Entonces recordé un poema de Edgar Lee Masters:

«En pocas palabras: bastaría un solo rasgo de los que se elaboran en la trama para mostrar la cercanía de una vida, por humilde que sea, con respecto a todas las vidas del planeta.»

Antonia Pérez, cartagenera, dice que en Colombia hace unos años fue desapareciendo este oficio porque las plañideras más importantes de los pueblos empezaron a morir de viejas y el legado se empezó a perder.

Pero asegura que a la gente todavía le encantaría pagar por una plañidera, porque es el homenaje más bello que se le puede hacer a un ser querido. Y quizá esté desapareciendo un oficio que le hacía honor a un rasgo de la condición humana: el efímero lamento por la desgracia ajena, acompañado del inagotable lamento por la propia.

Pero aquí el asunto es otro. El asunto no son las familias que pierden seres queridos, ni la tradición de las plañideras, ni el oficio de ir, llorar y cobrar, y mucho menos los muertos. El asunto es todo lo que sucede en la cabeza de una plañidera cuando sabe que tiene que llorar.

En la época en que casi todos los velorios tenían plañideras, que fue antes del 2000, se consideraban como prostitutas y en el pueblo se les miraba con desdén. Lo que cuenta Basilia, es que una plañidera era una mujer con esposo, hijos, deudas. Y que como a cualquier mujer, le tocaba salir a la calle a buscar qué llevar a casa. Mencionó que muchos medios que quisieron hacer cubrimientos del tema, se preguntaban si el oficio de las plañideras era igual que el de un actor. Basilia, con enojo, me contó que cuando hicieron ese comentario ella dijo: «No tiene nada que ver lo uno con lo otro, a un actor le pagan más y no sufre. Ellas sufren, y por eso cobran».

Hay un libro que cuenta quizá la historia más infantil y bella de amor. Empieza así:

Hoy es lunes, Hugo. Y usted murió hace cuatro años. ¡Cuatro años ya,

pelotudo!

Yo estoy aquí: tirado junto al lago, mirando el cielo. Esperando que abran el colegio. Mirando el cielo... ¿Y usted dónde anda?: bien arriba, espero.

Felipe, que es quien habla, empieza a contarle a Hugo que ha hecho un dibujo de un muchacho tirado en el pasto antes de que lo aplaste un meteoro; lo dibujó boca abajo para que no sintiera miedo. Le dice que el muchacho tiene sueños en la cabeza y que el meteoro se la va a aplastar, pero que nadie lo sabe, sólo él. Y que eso es lo malo de los dibujos.

Luego Felipe recuerda la primera vez que vio a Hugo después de muerto. Recuerda una calle larga con más gente que aire, recuerda un rostro frente al él, recuerda que tembló y que esto se repitió una y otra vez. Explica que cuando eso sucede se queda mirándole el pie a todo nuevo Hugo que se le aparece, y ve que ese pie no se mueve como lo solía hacer el de Hugo, que esos zapatos que tiene no son los suyos y tampoco ese pantalón tan grande. Luego el nuevo Hugo se pasa la mano por el rostro. «Es como si se borrara la cara, porque uno descubre que esa no es la cara de Hugo: ¡ni siquiera se le parece!... ¡Maldición: es como ver a Hugo otra vez morir!»

– *Hugo siempre se está muriendo...*: debí ponerle ese título al dibujo.»

Y entonces creo que ese es el asunto: las plañideras para cumplir con su labor quizá sólo tengan que concentrarse mucho y soltar lágrimas.

Puede ser que se llenen de lágrima por el dolor de los otros y se conmuevan. Quizá les pase lo que a Felipe y al mismo tiempo que ven a Juan, el hijo de Soledad, o que ven a Marisol, la hija de Marina, estén viendo a sus hijos aprendiendo a montar en bicicleta, a su esposo riendo, a sus hermanas contando un chisme. Quizá – nunca lo sabremos – maten una y otra vez en cada velorio a quienes alguna vez amaron, y es por eso que no paran de llorar.

Recuerdo a Antonia diciendo que hoy cualquiera estaría encantado de tener una plañidera. La recuerdo y cuando dice hoy pienso en lo que significa esa palabra para Colombia. Pienso en un acuerdo y pienso en un porcentaje de personas que conocen cifras, que saben que hay gente en el campo sufriendo, pienso en la violencia y pienso en gestos de incertidumbre. Personas que saben qué está pasando, pero que no lo entienden. Y entonces le creo a Antonia y creo que a Colombia le hace falta algo de esas mujeres que aprendieron a llorar la desgracia ajena, y que vieron en ella otra forma de recordar la propia. *La gente siempre se está muriendo, debí poner ese título.*

[1] Información de la oficina de SISBEN, Cartagena de Indias, Colombia.

[2] Testimonio de Basilia Monroy, historiadora de Cartagena de Indias, Colombia.

[3] [https://www.youtube.com/watch?v=M4a5e\\_b2Hg](https://www.youtube.com/watch?v=M4a5e_b2Hg)

[4] <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM75566>

[5] [http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2016-03-27/negocio-futuro-pagan-muy-bien-llorar-funerales-desconocidos\\_1173020/](http://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2016-03-27/negocio-futuro-pagan-muy-bien-llorar-funerales-desconocidos_1173020/)

Ilustración: Jorge Mendoza



# A la Derecha de la Plaza

*Si  
Si te murieras tú  
y se murieran ellos  
y me muriera yo  
y el perro  
qué limpieza.*

**Idea Vilariño**

Camina mientras se toma el tinto de \$400 que le compró a don Alberto y aprecia la arquitectura moderna y triangular de la catedral de la Sagrada Concepción. Mira hacia la parte del cielo que apunta el dedo del monumento que está a un costado de la plaza, y por distraído choca con uno de los niños que corren jugando a la lleva. El lugar está lleno de gente vestida de blanco, celebran la firma del acuerdo de paz que busca acabar con la guerra más larga de Latinoamérica<sup>1</sup>, a su izquierda personas posan para una foto con la bandera tricolor pintada en sus mejillas y a su derecha don Isidro le lustra los za-

---

1 El Conflicto interno armado de Colombia ha sido el más largo registrado en el hemisferio occidental, la historia del país ha sido marcada por una guerra bipartidista entre Liberales y Conservadores que tuvo sus inicios con la Guerra de los mil días (1899- 1902), pasando al período de «La violencia» (1948-1958) y convirtiéndose en el conflicto actual en el que se enfrentan la guerrilla de las FARC y el gobierno. Tarima de madera en la que se ejecuta la pena de muerte.

patos a don Cristóbal, quien está leyendo el periódico del día en el que se lee « ¡Se cumplen 114 años de la masacre...» y arriba algo de la fecha: «septiembre de 2016».

Sepa que si anda por ahí a eso del medio día es normal si al caminar empieza a sentirse un poco apretado y de repente podría chocar con una de las 3000 personas que se reunieron en abril de 1904, ansiosas, atraídas secretamente por la maldad y el deleite perverso hacia la fechoría, listas para ver el espectáculo de medio día, todas pendientes del patíbulo<sup>2</sup>, todas en silencio. El escenario se instaló así: en medio de la plaza un hombre sentado en una pequeña silla de madera con los ojos vendados y otro apuntándole con un fusil. Tenga cuidado, no quiere hacerse tan cerca, no vaya a ser que usted pase por ahí justo segundos después del disparo y quizás las salpicaduras de sangre alcancen sus ropas. El evento que está a punto de presenciar se repite todos los días desde hace 114 años en la Plaza de Bolívar de Armenia, Colombia, el único de este tipo en la historia del municipio, pero no se preocupe, es 2016 y seguro que donde antes hubo patíbulo hay ahora una tarima, y donde silla fusil y ven-

---

2 Tarima de madera en la que se ejecuta la pena de muerte.

da hay ahora guitarras, micrófonos y cables. Ni el recuerdo de la muerte queda.

¿Sabe por qué le mataron? El 10 de abril de 1902 a las 3 y 15 de la mañana el Coronel guerrillero Miguel Antonio Echavarría irrumpió en Armenia, no dudó en desenvainar su machete y cortó todo a su paso, arrancó lo que él consideraba maleza – brazos, piernas y cabezas de políticos conservadores y sus familias-, salpicó con sangre goda<sup>3</sup> las paredes de las elegantes casonas. No tuvo piedad incluso por aquellos que en su desespero negaron sus principios y se autodenominaron liberales, no tuvo piedad por las mujeres y niños que veían los dedos de sus padres caer, luego sus brazos su cabeza y toda esa sangre. Manuel Vallejo, Juan Jurado, don Eliseo Hincapié, don Emilio Toro, sus hijos, sus familias. Todos masacrados brutalmente por Echavarría y sus 60 compañeros guerrilleros: asesinos, decían los juicios; agentes del bien limpiando la tierra, decían otros.

\*\*\*

El primer machetazo despicó esquivarlas filudas de cráneo, chisgueteó del fluido carmesí las paredes de cal y desorbitó los ojos de Manuel que esperaba su muerte de rodillas y con los brazos cruzados, esos que terminaron tirados en el piso, separados de las otras partes de su cuerpo:

Según un pequeño relato titulado *El fusilamiento* que escribió Alfonso Valencia Zapata, la primera casa a

<sup>3</sup> Godo es, en la jerga popular, la manera en que se referían a los que pertenecían al bando de los conservadores en el marco de la Guerra Bipartidista de la historia de Colombia.

la que el coronel entró fue la de Laureano Barrera, un político conservador muy conocido en la aldea, y allí encontró a su yerno Manuel, a quién pidió que se identificara:

- Manuel Barrera, muy liberal, contestó Manuel Vallejo pensando que quizá el apellido de su suegro sonaba menos goda que el suyo.

A Echavarría el dato le confirmó que había entrado en la casa correcta, que su lista de apellidos estaba bien, que había entrado en una madriguera llena de godos y funcionarios públicos, así que no le creyó una palabra e intentó pegarle un machetazo en la cabeza. Manuel corrió junto con su hermana Rosa escaleras arriba y se encerraron en una de las habitaciones, el coronel destruyó la puerta a culatazos. Desenvainó. De Manuel y Rosa sólo quedaron charcos y pedazos tirados.

\*\*\*

En 1904 en Armenia, Miguel Antonio Echavarría realizó la masacre a los conservadores. En Colombia se evidenció el posconflicto de la Guerra de los mil días mientras Marceliano Vélez y Pedro Nel Ospina encabezaron en Medellín un movimiento político para reconstituir el Partido Nacional y La Regeneración y el país se enfrentó a una de las recesiones económicas más penosas de su historia. En Latinoamérica, Chile y Bolivia firmaron un tratado de paz y amistad que delimitó sus fronteras y en Uruguay estalló una corta guerra civil. En Panamá, Estados Unidos empezó a construir el canal. En Nueva York se inauguró el metro. En Europa, Gran Bretaña y Francia firmaron la

Entente Cordiale. En 1904 inició una guerra entre Rusia y Japón.

\*\*\*

\*\*\*

Al parecer Echavarría no siempre fue un tipo tan retorcido y sanguinario. Al parecer vivió desilusionado de sus viejas opiniones. Según lo que contó Antonio Gómez, un coronel del insurrecto Ejército Liberal que estuvo detenido un tiempo con él en Cartago e hizo una especie de biografía, Miguel Antonio no era un hombre ilustrado y leía torpemente. Era conocido por comedido, por diligente y era mimado por la sociedad central de Buga, una partida de conservadores que le regalaban ropa y comida.

«En general tenía un buen corazón, era noble y valiente hasta el cansancio», dijo Gómez en su escrito. Echavarría se había hecho liberal cansado del poder mal repartido: «don Antonio, yo tenía un corazón generoso, tierno y compasivo hasta que mis gratuitos enemigos me lo hicieron formar en malo, o más claro, cuando vi que a la sombra de una bandera, aquellos a quienes yo no les había hecho mal, me arruinaron». La naturaleza parece haberse construido de antipatías, decía William Hazlit, sin nada que odiar, perderíamos toda gana de pensar y actuar.

El coronel conoció quizás el olor de las flores antes que el de la sangre, quizás caminó muchas veces entre cafetales, quizás lo único que le molestaba era que al salir en medias al pasto el rocío matutino humedeciera sus pies, quizás cortó la maleza de las plantas: Desenvainó. Las flores resaltaron más porque de la maleza sólo quedaron pedazos tirados.

De la Guerra de los mil días – esa que ganaron los Conservadores, dejó al país en una de las más grandes crisis económicas de su historia, terminó con el Partido Nacional, fue el inicio de la Guerra Bipartidista de la historia de Colombia y la cereza del pastel para que la separación de Panamá se consolidara - sólo quedaban migajas decisivas para determinar quién tenía el control. El coronel Echavarría tenía orden de tomarse Armenia porque los liberales se estaban quedando sin tiempo. Había que reconquistar la región, hacía 20 años Armenia, por entonces una aldea, estaba a merced de los conservadores y la situación tenía que cambiar.

En la madrugada del 10 de abril, después de desenvainar una y otra vez la noche anterior, después de salpicar de sangre goda la aldea, Echavarría y su gente partieron con dirección a Calarcá en busca de refugio. No contaba con que su colon irritable cediera ante los nervios, ante la euforia, tuvo que parar y esconderse en los montes cercanos: un mal de estómago lo doblegó, el rumor llegó rápido a Armenia.

La orden era traer a Echavarría vivo y muchos murieron en la encomienda. Los fusiles de los conservadores les ganaron a los machetes de los chusmeros y después de un sangriento encontrón que duro hasta el mediodía agarraron al coronel.

En aquel lugar donde hoy cientos de personas llegan y se van. Donde cientos de personas esperan sentadas a que llegue su avión, donde cientos de personas van de afán, de

paso. Echavarría esperó su condena. Lo expusieron como un trofeo durante horas en el terreno en el que hoy está el aeropuerto el Edén. Le escupieron. Le pegaron. Le torturaron.

Después de horas de humillación y de espera, el Coronel fue llevado a Caicedonia – donde conoció a Antonio Gómez – y fue sentenciado a muerte por fusilamiento<sup>4</sup>.

\*\*\*

Al coronel se le dispuso una pequeña habitación con catre y mesa de noche en una de las capillas de Armenia, buscaban que expiara sus pecados y se confesara. Durante tres días según Luis vera, su guardián, se la pasó meditando, besó un crucifijo y durmió intermitentemente. «*Sé que voy a morir porque me he arrepentido y confesado; en cambio ustedes no saben en qué condiciones los va a sorprender la muerte*», decía.

La mañana del día de su muerte vistió una túnica negra, escuchó con devoción una misa y lo trasladaron a la Plaza de Bolívar. Ya estaban acomodadas las 3000 personas. En el fondo se escuchaba la marcha fúnebre y con ese ritmo caminó en medio de la multitud y llegó al banquillo levantado sobre el lado derecho de la plaza, donde hoy don Isidro le lustra los zapatos a don Cristóbal, en la misma plaza donde en septiembre se celebró el fin de un conflicto de 50 años que inició por la guerra entre conservadores y liberales, que inició con las masacres, los fusilamientos,

---

4 En Armenia para esa época se habían suspendido los fusilamientos por decreto nacional, la gente de la aldea decidió que no hacer caso a la ley porque era demasiado nueva e inexacta.

la sed de poder, la violencia<sup>5</sup>. En la misma plaza que hoy es punto de encuentro para las marchas de los que apoyan el SÍ en la implementación de una paz estable y duradera<sup>6</sup>.

En un libro de Jorge Hernando Delgado, titulado *Asalto en Armenia y fusilamiento del Coronel Echavarría*, se menciona que Miguel Antonio no quería que lo vendaran – como indicaba la normatividad de los fusilamientos- sino que quería ver a los verdugos a los ojos, quería ver a sus jueces, al pueblo que lo condenaba. Contra su voluntad, sus ojos fueron cubiertos y entre sátiras condenó esta sentencia como un acto de cobardía.

«Pido perdón a los que haya ofendido y perdono de corazón a los que me ofendieron. Mi cuerpo muere hoy pero mis sueños serán realizados por mis compañeros de lucha tarde o temprano. Hoy el pueblo por el que estuve dispuesto a morir y matar, me condena. Adiós, queridos hermanos. Me voy para la eternidad».

Sonó una descarga de tiros y su cabeza perdió firmeza. Se escucharon llantos y aplausos y la plaza se fue desocupando, en silencio.

---

5 El 16 de septiembre de 2016 se firmó el Acuerdo de Paz entre el gobierno de Colombia y la guerrilla de las FARC después de cuatro años de diálogos y negociaciones.

6 El gobierno de Colombia utilizó un plebiscito en el que se sometió a votación popular la siguiente pregunta a la que se debía votar SÍ o NO: *¿Apoya el acuerdo final para la terminación del conflicto y construcción de una paz estable y duradera?* Con el 50,21% el ganador fue el NO. El resultado causó conmoción en el país y la comunidad internacional. El presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, recibió cinco días después el Nobel de Paz.

## Bonus Track

Los días son un cúmulo de fragmentos que se recortan y se pegan en el plano cartesiano de la vida. El recuerdo es más imaginación que memoria; es por esto que moldeamos a nuestro antojo y conveniencia los hechos que recordamos, creamos una ficción de nuestras propias vivencias para contárselas a los otros y lograr así, recrearnos a nosotros mismos en este camino vertiginoso a través del tiempo.

El collage es, para quien siente la vida como un viaje, la posibilidad de crear nuevos mundos y habitar otros que ya existen poniendo en escena a personajes imaginados, darles vida e historia. La idea de reconstruir los recuerdos a partir del collage como herramienta de la imaginación, es reinventar lugares y figuras tomando fragmentos de otros espacios/tiempos para darles un nuevo sentido. Usar las tijeras, las revistas viejas y la imaginación para generar otro tipo de memoria, una creada al antojo del azar.



# Perfil

## La Espera

Ilustración: Jorge Mendoza



Uno: El aire estaba más espeso que otros días y José Elías estaba más frío que nunca. Cuando en la guerra los bandos se distinguían por el color que se tinturaba en sus cédulas y la gente no toleraba la posición política del otro, Jesús Elías Beltrán, abuelo de Deisy fue asesinado. Dos: Treinta y siete años después, en 1985 Antonio siguió la tradición. El esposo de Luz Deisy Arango fue muerto por una violencia entre el gobierno y una guerrilla de extrema izquierda en Colombia, exactamente en el Quindío, dejando a su pequeño hijo Juliano de 5 años.

Tres: El 30 de Julio de 2011 Edwin Juliano Murillo desapareció de la vista de su esposa, su hijo y su madre. Han pasado cinco años y la zozobra aún continúa. Ese sábado dijo que le pusieran pasador a la puerta, que esa noche no regresaba –iba a trabajar con un compañero por dos días en una finca-. Aún no ha amanecido. Pasaban las semanas y nadie respondía. Policía, amigos, esposa, nadie podía dar razón del paradero de Juliano. El hijo de Deisy fue el tercer hombre en sufrir las consecuencias de la violencia armada en Colombia, y dejó a Andrés, otro pequeño hijo de 5 años a su cargo.

“En el Quindío no hay grupos armados al margen de la ley”. Palabras de las oficinas del gobierno para convencer a Deisy, en 2012, que no pertenecía al grupo de víctimas por las que ellos tenían que velar.

Una de las versiones que tiene Deisy para explicar lo que le está pa-

sando es que está viviendo una mentira. Si no hay grupos al margen de la ley en el Quindío, no hay muertos. Si no hay muertos, no hay violencia. Si no hay violencia, su hijo no está desaparecido. Y si su hijo no está desaparecido posiblemente nos está viendo escondido en alguna parte de la pequeña casa, donde Deisy no logra explicarle a su nieto de seis años, que no tiene el teléfono de su padre para que se puedan comunicar.

En el camino del pequeño barrio hasta el parque donde se va a hacer la conmemoración a las víctimas de familiares desaparecidos, Deisy se limpia las lágrimas que se mezclan con el sudor. Hace calor y eso hace que sus palabras sean más tardías, más pesadas, con más dolor. Ve a un padre con su hijo mientras lo carga y dice: “de cero a siempre, ese es el programa que tiene Santos, de cero a siempre los hijos sin sus padres”. Sigue viendo los niños del parque y ahora agarra fuerte la pequeña mano de su nieto, como para protegerlo de los niños afortunados a los que no les han desaparecido a sus padres.

Juliano tenía 26 años cuando desapareció. Antes de eso estudiaba Arquitectura y trabajaba siendo albañil. Su piel era tan blanca que su madre no se lo imagina muerto, oscuro, como la noche que nunca se terminó. Juliano tenía 26 como su padre cuando fue asesinado. Por estos días ya sería arquitecto, pero ya no trabajaría como albañil. Seguramente solo le enseñaría a su hijo a hacer pequeñas maquetas y estaría todavía pagando la deuda que adquirió para pagar su profesión.

Hace tres años Claudia Arango empezó a recibir llamadas de amenaza. Pero no las que esperaba -esas que dijeran que Juliano estaba vivo pero que se necesitaba cierto número de billetes para devolverlo-. No, eran llamadas del Icetex<sup>1</sup>. Cuando esta compañía del gobierno adquirió sus famosas casas de cobranza, la familia de Juliano fue uno de los tantos números a los que marcaron para asegurar que sus deudas fueran pagadas. Claudia gritaba y lloraba, asegurando que su sobrino no podía pagar, no estaba en condiciones de pagar, se lo habían llevado y ya no podía hacer las filas para entregarle su sueldo al gobierno que ahora rechazaba la victimización de su madre.

Fernando Arcila lleva 5 años llamando a los morosos del Icetex. Ahora lo tienen que hacer con más amabilidad, llamaron mucho la atención. Cuando le pregunto por las víctimas del conflicto que están endeudadas, me dice: “yo soy humano y entiendo el dolor. Pero tengo jefes que me pagan, y a todos los tengo que llamar y les tengo que cobrar por igual, de esa plata sale mi sueldo”.

La salud decidió entrar en el juego al que Deisy le llama la maldición de las casualidades. Hipertensión avanzada y problemas de tiroides a raíz de la desaparición de Juliano. Mientras la salud en Colombia se desmoronaba por la corrupción, Deisy buscaba que le autorizaran la droga necesaria, no para curarse, si no para sobrellevar la enfermedad. En dos

meses tiene la cita que posiblemente le autorizará una operación.

El tiempo en el rostro de Deisy ha pasado más rápido en estos 5 años que en sus primeros 36. Las arrugas las quisiera ocultar con un poco de polvo, y sus labios rosados siguen temblando cuando intenta contarme sin llorar. Ni siquiera se toma la molestia de pintarse las canas que le han salido con el tiempo. Todos los días Deisy despierta para atender lo que le dejó su hijo, pues Fernanda desapareció para no cuidar a Andrés. Ella sí quiso desaparecer. Deisy sonríe también. Se ríe cuando se da cuenta que mi segundo nombre es Fernanda, y me odia. No tanto como odia a otras personas: a los que desaparecen a familiares, a los dirigentes que no ayudan a que aparezcan, a la policía que le niega compañía antes de 72 horas, a las recepcionistas de SaludCoop, al tendero, al conductor del transporte de Andrés. A la gente a la que no le importa.

Hace 5 años Deisy bailaba. Decía que había que vivir en el presente. Que había que disfrutar y vivir, vivir amando. Su hijo era la luz de sus ojos. Trabajaba por él y para él. Sus fotos revelan la alegría que decía poseer. Organizaba las fiestas y hacía que la gente disfrutara de los diciembres. Claudia mira las fotos con tristeza, “ojalá volviera esa Deisy”, dice, “para eso tiene que volver Juliano”. Hoy los días de Deisy se resumen en su desaparición. Es imposible que de la palabra Deisy no se despliegue una jota y una u.

Desempleo, situación económica desfavorable, deuda de educación, y

<sup>1</sup> Estrategia del Icetex para atender morosos. El Tiempo, 2016.

problemas de salud. Pequeñeces que dejaron de importar cuando el número de muertos crece por generaciones. Aún Deisy sigue siendo no víctima. El sistema sigue siendo irregular para la gente que sufre. El mundo no está preparado para tratar con estas personas. A Andrés le siguen pagando el transporte para el colegio. El tendero sigue cobrando la deuda semanal. Claudia guarda los papeles del Icetex para que nunca le vuelvan a cobrar. Deisy sigue buscando que le aprueben la operación. El mundo sigue igual, y qué raro fuera que no. Todo esto ha hecho que se le revuelva la vida a Deisy, probablemente si Juliano no desapareciera y todo fuera una mentira el mundo sería más justo para ella.

Es 2016, y el punto 5 firmado el pasado 15 de Diciembre dice que la reparación a las víctimas es el eje central del acuerdo. Aseguran que lo que sucedió durante más de 50 años no volverá a suceder. Reparación, justicia y no repetición: testimonio de guerrilleros, nombres, recuento de muertos, entrega de cuerpos –o lo que quede de ellos-, y luego volver a la vida de antes. Así se supone que las víctimas quedarán reparadas. No hay manera de que ellos se sientan el eje principal de las conversaciones. No hay manera de reparar a alguien que no se puede reconocer. Pues hoy, las víctimas no tienen una forma distinta de ser tratadas en la sociedad. Para la recepcionista, para el conductor, para el tendero, ella sigue siendo igual. Es imposible que Deisy algún día sea especial para alguien.

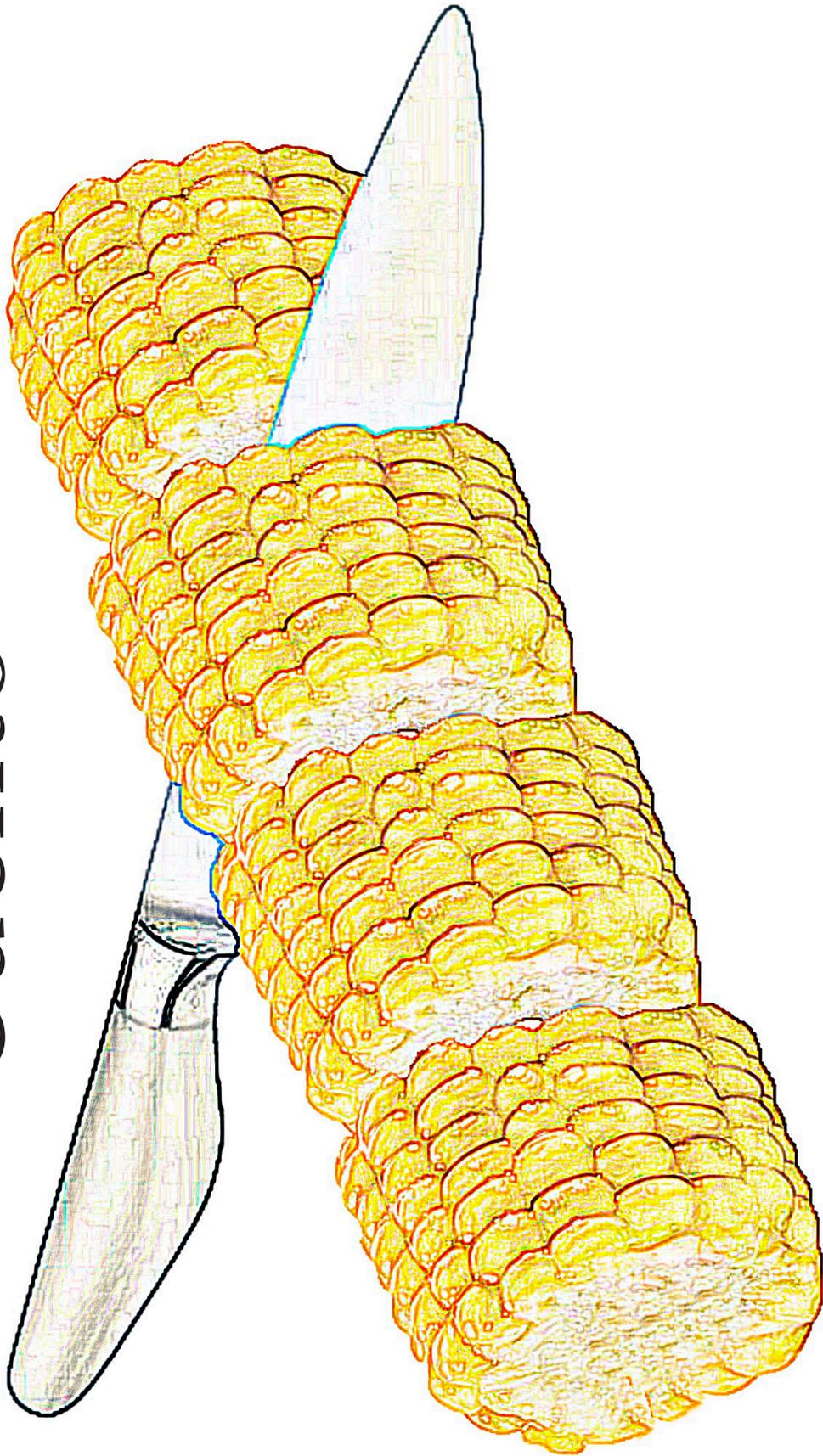


Ilustración: Jorge Mendoza

Ilustración: Laura Cortés

# Cuento

## Cuento



# Sobre Mazorcas

El señor Pomeroy ha decidido dejar de comer mazorcas. Ahora las ignora. En el supermercado pasa de largo la zona de vegetales, cambia el canal en caso de que aparezcan en algún comercial o programa y evita pasar por la esquina de la calle 6 donde un hombre con un ridículo disfraz de mazorca invita a los transeúntes a comer allí.

Su obsesión ha llegado hasta el punto de no ver películas, taparse los ojos en caso de percibir amarillo o verde, odiar la tierra, el sol y el agua, hasta la raza humana, sólo por el hecho de que hacer posible su existencia. No ha salido de su casa desde entonces, ha dejado de asearse, ha adelgazado el señor Pomeroy.

En las noches no puede dormir, ya no sonríe, sus piernas a veces no le responden, ha dejado de hablar. Ha olvidado el nombre de sus padres, cuántos años tiene, en qué trabajaba, cómo llegó allí, cuánto tiempo lleva allí. Pobre señor Pomeroy.

No recuerda, incluso, en qué momento encontró el cuchillo que ahora sostiene en su mano derecha y le chuzca el cuello. Él lo único que quiere es olvidar las mazorcas. Las mismas mazorcas que había en el refrigerador de aquella casa. Estaban en la parte de los lácteos, granos amarillos en la zona del queso, y mazorcas aún sin desgranar ocupando el espacio de los vegetales. En esa nevera no había espacio para una mazorca más, ni siquiera para esconder el cuerpo desmembrado de un bebé recién nacido, ni siquiera para eso.

Fotografía de Archivo

Miramientos

Lacaya



En esta fotografía está Alicia García de Marmolejo. Se detuvo para ser capturada por el lente de la cámara de su esposo Alfredo Marmolejo Vélez, y parece no importarle.

Una mujer joven, encorvada y coja al caminar. Usa ropas anchas que dejan desnudas sus manos huesudas que se asoman desde el interior del suéter grande, que parece que usa para ocultarse toda en él cuando está sola. Sus piernas: huesos muy delgados forrados en piel, bajo la falda con pliegues que termina antes de llegar a sus rodillas. Está apoyada más sobre su pie izquierdo porque el derecho, sutilmente levantado, lo usa para ser imperfecta cuando pasea por la plaza. Tenía todo su lado derecho defectuoso. Solía tener un particular movimiento en las manos: giraba sus muñecas y sus dedos como si jugara a enredar de extremo a extremo un hilo solo visible para sus ojos.

-Lacaya- le decían en el pueblo, pues de ella sólo conocían a su esposo, era como la criada que iba al pie de su amo.

Para 1938 Alfredo era un hombre adinerado y el único intento de fotógrafo del pueblo. Llevaba a todas partes su cámara y su esposa, no las dejaba solas un instante. Alicia, mientras él le apuntaba con el obturador, posaba la mirada lejos, como si no pudiendo huir de él, escapara por lo menos con esta. Sin inmutarse, el cuerpo desganado, parecía marchito, sin ánimos, a pesar de su corta edad. Siempre con un gesto de aparente tristeza y sometimiento que se puede interpretar fácilmente como las ganas de una niña inocente que quiere salir corriendo.

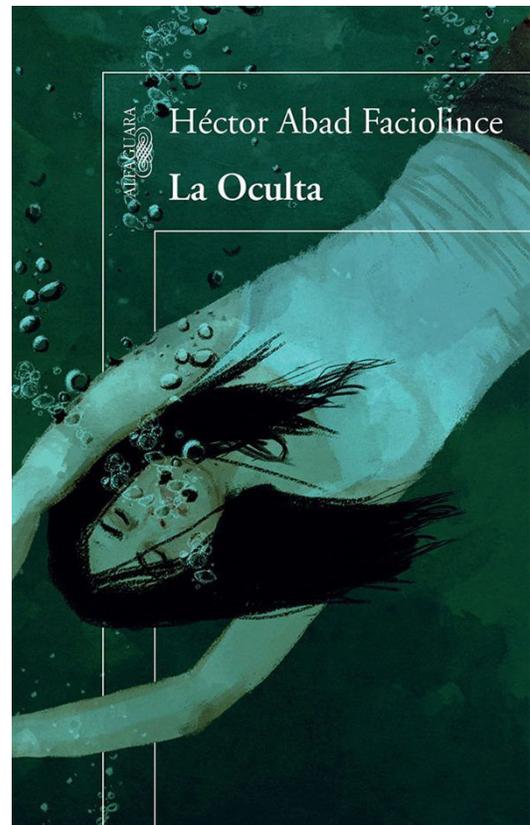
Era el lienzo perfecto en cada fotografía, llamaba la atención de todo el pueblo cada que salía de su casa. Esta captura fue en el parque principal, muy cerca a la iglesia donde se casó con Alfredo años atrás y donde se realizó la misa por su muerte un par de días después de esta foto.

\*\*\*

Lacaya fue encontrada en el patio de su casa matrimonial. Sus brazos y piernas estaban desprendidos brutalmente del tronco. Estaba casi a metro y medio bajo tierra, eso fue lo que Alfredo alcanzó a cavar rápidamente antes de que la peste de su cuerpo lánguido en descomposición se regara por el vecindario. Había sido muy discreto al matarla, pero ella, no muy cuidadosa al haberse metido con el pintor del pueblo. La torturó tantas veces que no sentía cuando el hombre cortó en una serie frenética de hachazos sus brazos y piernas. Alicia le fue infiel a su marido por no poseer la fuerza para dejarlo mientras estaba viva. La misma fuerza contra la que luchaban en esta foto los labios para sonreír.

# Reseña

La Oculta:  
Una Historia del Recuerdo



Dicen los abuelos que las malas noticias son las primeras en conocerse y que la muerte es la única excusa para reunir a toda la familia. Antonio se encontraba en Nueva York cuando Eva, su hermana, lo llamó para informarle que su madre había muerto. Desde ese instante, Héctor Abad Faciolince nos introduce en la finca de los Ángel, una familia antioqueña, cuya historia es la representación de un país dominado por la violencia.

Mediante recuerdos se va construyendo página por página el sube y baja de circunstancias de la familia, que inicia cuando los ancestros fundaron el municipio de Jericó, lugar en el que actualmente está La Oculta, la finca; hasta la venta de la misma a causa de la violencia y las deudas. Héctor Abad, nos cuenta los miedos, los recuerdos y las experiencias de los hermanos que revelan el sufrimiento que se vive con el conflicto bipartidista, la guerra paramilitar, el ser homosexual o mujer con pensamiento liberal en un país católico, mojigato y conservador.

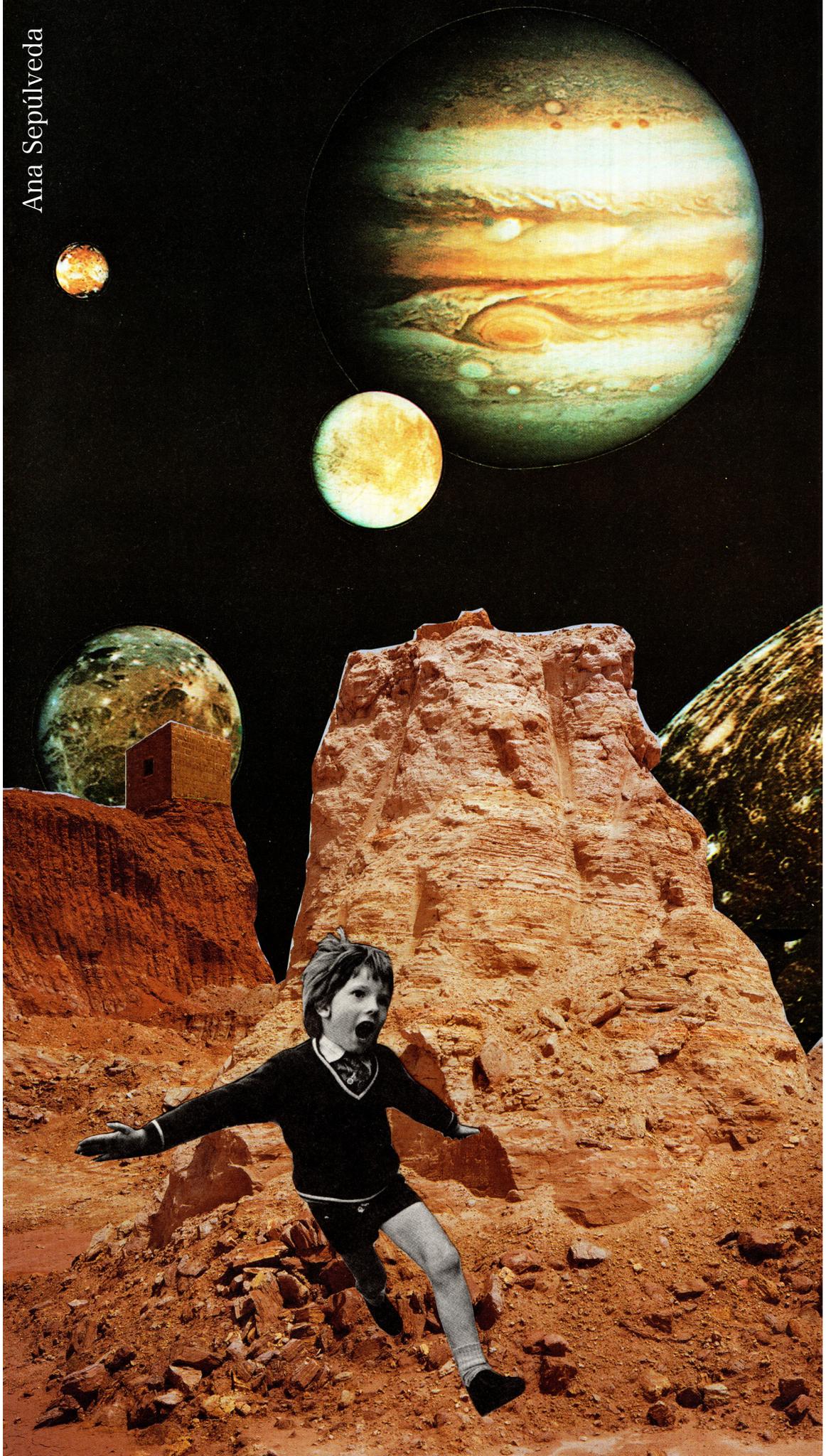
Y son estos relatos los que en una época de post-acuerdo se convierten en las historias, las memorias, los recuerdos y experiencias que se deben conocer para entender el tedio que durante años han sufrido aquellos que no conocen otra realidad que la guerra. Y son “Los músicos”, como se les dice a los insurgentes en el libro, la forma de retratar el temor de la gente ante la convivencia con desmovilizados. Lo complejo que es para quienes de verdad han sufrido el conflicto, pasar de la zozobra de no saber cuándo se van a morir, a tratar de normalizar la existencia junto a ellos.

La Oculta recuerda lo difícil que es aceptar un pasado que no abandona a quienes quieren continuar, y que a la vez se convierte en el espejo que se necesita para no cometer los mismos errores. Aunque el desenlace del dos de octubre (plebiscito) demostró al mundo que aún somos un país que se mueve en lógicas de violencia, conflicto, engaños, miedos y desconfianza a pesar de tantas historias, tantos libros, tantos muertos.

Por medio de los tres protagonistas, Antonio, Pilar y Eva, se muestran las perspectivas que se unen y se alejan al recordar La Oculta. Sentimientos encontrados sobre la necesidad y cariño de poseer algunos metros de tierra en lugares que en cualquier momento pudieron ser tomados por grupos armados, o en el peor de los casos por el gobierno, despojando a campesinos de su posesión más preciada.

De esta forma se relata la historia de una casa, de una familia, de una ciudad, de un país. Catarsis familiares que tienen como misión analizar los beneficios de vender la finca, pero también la nostalgia de los recuerdos que conserva, más allá de los muertos en el lago, o la violencia pasada, la política, la injusticia, los ancestros y herederos. La Oculta es, ante todo, la excusa para narrar una Colombia cambiante, un país que renace o quizás, simplemente, las vidas comunes que se transforman por los conflictos y la violencia.

Ana Sepúlveda



Nuestros  
nuevos aliados

CSP

ABRE TU MENTE

PANORAMA   A

*Franjazul*

